

<http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v64n158.41074>

LA TÓPICA URBANA DE LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA



THE URBAN TOPOGRAPHY OF THE CONTEMPORARY CITY

EDUARDO SOUSA GONZÁLEZ *

Universidad Autónoma de Nuevo León / CONACYT / AMC
San Nicolás de los Garza - Monterrey - México

JORGE ALBERTO ÁLVAREZ BERRONES **

Universidad Autónoma de Nuevo León
San Nicolás de los Garza - Monterrey - México

.....
Artículo recibido: 2 de diciembre de 2013; aceptado: 6 de marzo de 2014.

* eduardo.sousang@unal.edu.mx

** sjorgewsunsky@hotmail.com

Cómo citar este artículo:

MLA: Sousa González, E., y Álvarez Berrones, J. A. "La tónica urbana de la ciudad contemporánea." *Ideas y Valores* 64.158 (2015): 199-221.

APA: Sousa González, E., y Álvarez Berrones, J. A. (2015). La tónica urbana de la ciudad contemporánea. *Ideas y Valores*, 64 (158), 199-221.

CHICAGO: Eduardo Sousa González y Jorge Alberto Álvarez Berrones. "La tónica urbana de la ciudad contemporánea." *Ideas y Valores* 64, n.º 158 (2015): 199-221.



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.

RESUMEN

La explicación urbana, definida bajo conceptos psicoanalíticos trascendidos mediante el uso de tópicos complejas en la generación de los problemas urbanos, desarrolla la comprensión de las paradojas de la anti-ciudad en la ciudad, la identidad y la no-identidad, y la marginación y la inclusión. La ciudad es entendida desde el rapport del ámbito urbano, al descubrir su tópica urbana y subordinar su configuración esencial al urbanismo, en relación con la conciencia colectiva, para explicar y comprender los fenómenos que coadyuvan a entender la identidad, la marginación y la violencia como fenómenos urbanos.

Palabras clave: Ciudad, identidad, marginación, urbanismo, violencia.

ABSTRACT

Urban reason, defined under psychoanalytic concepts transcended through the use of complex topologies in the generation of urban problems, develops our understanding of the paradoxes of the anti-city within the city, identity and non-identity, and marginalization and inclusion. The city is understood from the rapport of the urban environment, as its urban topology is discovered and its essential configuration subordinated to urbanism, in relation to collective consciousness. This understanding leads to an explanation and comprehension of the phenomena that help to understand identity, marginalization, and violence as urban phenomena.

Keywords: City, identity, marginalization, urbanism, violence.

Este texto se propone realizar una visión sobre el conjunto del fenómeno de la interacción entre la ciudad y el hombre, en primer lugar, a partir de una perspectiva psicoanalítica que ordene la relación entre la idea de hombre con la noción de ciudad, de tal manera que se puedan establecer los conceptos básicos que fundamenten la tópica¹ de la ciudad en relación directa y objetiva con la tópica del hombre. La perspectiva psicoanalítica se entiende, en principio, desde el punto de vista de Freud, y se complementa con la visión de Jung y de Shroul. Este conjunto psicoanalítico se crea y se plasma en la cultura mediante la *palabra* y la *cultura de signos* de la ciudad; en efecto, para nuestro propósito se ha de partir de conceptos tradicionales que se transformen en nociones más completas, que determinen y describan la tópica urbana en relación con el concepto del hombre, que, como *animal tópico*, es más que un *animal racional*. De esta forma, y para contrastar los supuestos hipotéticos subyacentes, se efectúa una exploración comprensiva de la cuestión urbana contemporánea, involucrando las principales líneas que confluyen en la postura del posestructuralismo; se hace luego una crítica de las ideas posestructuralistas que pretenden dar las *respuestas verdaderas* a los asuntos urbanos, pero que, desde esta óptica, solamente muestran soluciones arbitrarias y sin referentes, debido al uso de las perspectivas sintácticas del lenguaje y de la lógica formal del discurso urbano. Por consiguiente, se propone una visión holista, que contenga las condiciones ideales que posibiliten la tópica de la ciudad.

Planteamiento de la cuestión: el urbanismo en el siglo xx y principios del siglo xxi

A finales del siglo xx, las ciudades del mundo tendían a la decadencia, pero, con la globalización del capital económico (cf. Sassen 2007a 15, 87; 2007b 235; Mander 31), pasaron a ser consideradas como banderas locales, al representar determinada cultura, ofreciendo lo propio de esta y lo específico del lugar, con lo cual la ciudad se convirtió en una mercancía (cf. Harvey 2007 93; 1979 160), cuya durabilidad se ha pretendido mantener con la implementación de grandes proyectos urbanos que reactiven su economía y hagan frente a la crisis. Como idea directriz (cf. Ordeig 301), la decadencia urbana ha sido enfrentada con la especialización funcional; a partir de esto, se observa en la nueva centralidad múltiple la existencia de una decadencia urbana que ha llevado a una crisis planetaria respecto del modo en que se vive y se hacen las

1 De acuerdo con Vanier, la noción de tópica significa una aproximación teórica que representa al aparato psíquico como un espacio organizado en cierto número de sistemas o instancias específicas articuladas entre sí (cf. Vanier 121).

ciudades. Desde la modernidad, entendida como el uso de una razón con predominio de lo universal y con sentido de referencia, se deriva la palanca universal que es la globalización del capital económico, que no tiene uno sino múltiples puntos de apoyo para hacer mover a la llamada *aldea global* (cf. McLuhan 91). Esta parece coincidir con la negación de la unidad, que privilegia la pluralidad y rompe con el centro imaginario de la unidad urbana tradicional, llamado distrito central de negocios, lo que provoca una eclosión de múltiples partículas animadas que se dispersan en el entorno urbano.

La eclosión del centro urbano no se debe únicamente al crecimiento de la población, sino que también fue esencial en ello su univocidad tradicional, ya que el punto central urbano ha tenido, entre en sus elementos constitutivos, el potencial autónomo de la mitosis urbana. En este proceso de división resultaron múltiples secciones establecidas en zonas singulares, que conservaron las características primarias del centro urbano (unidad de gestión de actividades tales como gobierno, trabajo y mercado). Por consiguiente, la característica principal en la diseminación y extensión de los subcentros de las ciudades es la univocidad urbana. Siguiendo a Clippinger, Taylor y Winqvist señalan que “la univocidad es la idea según la cual la subjetividad es singular, autónoma y tiene una voz única, y de que el significado es singular y natural” (437). El centro fragmentado tiende a constituir la nueva estructura de la ciudad con base en subcentros, y se solidifica mediante el uso de imágenes propias que surgen del interior de su propio ámbito urbano (cf. Sousa 2010b 17). Es por ello que el apoyo de los grandes proyectos urbanos, la especialización funcional edificatoria y otras acciones urbanas son planteadas no solo para hacer frente a la crisis económica, sino también para impulsar la integración espacial, la segregación de espacios urbanos y la marginación cultural en las ciudades (cf. Sousa 2014; 2010a).

En este proceso, el centro urbano, que tradicionalmente había sido considerado como un todo, se ha dividido en células de autonomía relativa, que mantienen una comunicación con la célula madre, debido a la estructura física y psíquica que las une. Así como alrededor de la célula madre se encuentran células urbanas dependientes, también las nuevas células –subcentros– comienzan a ser rodeadas por dichas células urbanas dependientes, pero como los nuevos subcentros tienen solamente autonomía relativa, son incapaces de integrar las zonas dependientes a su alrededor, con lo que propician la separación y la segregación espacial, que conduce a la marginación urbana. Lo que queda claro, a partir de las ideas de Doncel (cf. 864), es que los nuevos subcentros urbanos han puesto a los individuos y grupos sociales en condiciones de inferioridad, ya que dichos centros urbanos no satisfacen las necesidades de esos individuos y grupos a los que pretenden servir (cf. Uña y Hernández 864).

La humanización de la ciudad es cuestionable, toda vez que las soluciones modernas anteriores al posestructuralismo han sido rechazadas como portadoras legítimas de tal humanización, en la que todas han hecho énfasis en un aspecto de la razón. Por eso Ordeig explica que las soluciones gráficas deben quedar marginadas de las abstracciones urbanas modernas, debido a que tienen racionalidad teórica y esta no está sometida a la técnica; se refiere principalmente a la arquitectura posmoderna (cf. 304). Sin embargo, las ciudades actuales poseen esas soluciones modernas dadas en los planteamientos históricos, y aun en aquellos formulados en los siglos anteriores; por ello, se da esta manera de hacer ciudad, cuya influencia se ha plasmado en el patrimonio cultural y en el desarrollo urbano.

Mientras Koolhaas sostiene que las manifestaciones contradictorias de la ciudad son positivas, silencia la racionalidad de la estructura urbana, según dice Ordeig, quien apunta hacia la posibilidad de sistematizar el funcionamiento social que subyace a la manifestación formal física de la ciudad. De aquí que la visión posestructuralista piense que no se puede alcanzar la realidad y la verdad. De esto se sigue que, para hacer ciudad, solamente se tenga acceso a una cierta clave interpretativa que no puede abarcar su complejidad y su sistematización (cf. Ordeig 304-305).

Por ello, Ordeig señala que esa interpretación puede ser extrema, al llegar a la combinación mediante el azar, el proyecto sin referencias –culturales–, la actividad económica caótica e irracional; y, en su conjunto, constituye la base para nuevas demandas sociales y nuevos significados (cf. 305). Este es el motivo que esgrime Ordeig para realizar la “verdadera” humanización de las ciudades, que consiste en el rechazo de sistemas antropológicos fosilizados, y la aceptación del despliegue imprevisto de las posibilidades formalizadoras. A partir de ello, Ordeig señala:

La actuación técnica, sin referentes, en pura combinatoria, debería decidir por ella misma el futuro social, tanto en sus expresiones externas –modo de adaptarse a los nuevos espacios– como en sus expresiones culturales –reflexión teórica sobre esas nuevas posibilidades–. (305)

Así que, en el discurso de la ciudad contemporánea, el posestructuralismo urbano ha sido un resultado de la confluencia de las corrientes del pensamiento derivadas del proceso histórico del siglo xx, que sostiene que cualquier combinación sintáctica urbana sería significativa y tendría validez (cf. Ordeig 305). Ordeig aduce dos cuestiones complementarias a esta afirmación: primera, cuando se proyectan no se encuentra uno en la realidad, sino en una realidad anticipada (quiere decir que se hace uso de una proyección prospectiva). Aquí cabe preguntar si las posibilidades sintácticas urbanas o sus combinatorias son válidas, según seña-

la Ordeig, o si existen unos límites. La segunda cuestión apunta a considerar si el urbanismo, como disciplina, debe tomar en cuenta otras disciplinas en su tarea proyectual, y cuáles han de ser sus límites. Sin participación interdisciplinar, el urbanismo es acusado de una interpretación sesgada de la realidad que pretende ordenar (*cf.* Ordeig 306). El urbanista cree partir de la realidad, cuando en verdad tiene como base preconcepciones y supuestos que forman una parte de la cosmovisión en que se halla, al estar subsumido en la cultura; aclarando que una cosmovisión es un sistema complejo e interconectado de creencias, entrelazadas como un rompecabezas (*cf.* De Witt 19).

Para solucionar esta situación, no existe un camino fácil. En primera instancia, el posestructuralismo aboga por una combinatoria técnica (formal y funcional) que acentúa la deshumanización de las ciudades; y, además, se puede negar la interpretación disciplinar del urbanismo. Sin embargo, su interpretación se funda en la convicción de su cientificidad, que denota su carácter seguro e inamovible (*cf.* Ordeig 306). En este punto basa Ordeig las pretensiones del urbanismo como ciencia aislada que puede tomar sus propias determinaciones; al tener en cuenta que el saber humano se entrelaza en la cosmovisión del hombre, es inconsecuente el aislamiento unidimensional del urbanismo, ya que da origen al hombre que sabe mucho de una cosa e ignora la raíz todas las demás (*cf.* Adler 154).

Ordeig concibe al urbanismo como un saber práctico que se halla bajo la tendencia de la filosofía de la acción, y que reconoce la interacción entre las condiciones sociales y las manifestaciones físicas; todo ello, para enfrentar a las teorías que han dominado en todo el siglo xx (*cf.* 307). Ordeig cree en la existencia de una separación “exacta” entre la racionalidad teórica y la racionalidad práctica; ambas interactúan y producen la racionalidad técnica. De ahí que este autor suponga la autonomía de tres tipos de racionalidad. Según él, al hacer uso de la técnica, tomando en cuenta solamente la racionalidad práctica, se cae en el uso de una racionalidad instrumental. Un uso excesivo de la razón instrumental fue llevado a cabo durante el siglo xx por el movimiento moderno, contra el cual reaccionó el neorracionalismo, usando el método estructuralista. Ordeig afirma que el desarrollo posterior del urbanismo ha de tomar en cuenta tanto la racionalidad práctica como la técnica, para conservar y transformar tanto el producto (la ciudad) como el saber correspondiente –el urbanismo (*cf.* 307-308)–.

En este contexto, queda claro que el movimiento moderno ha hecho énfasis en el uso de conceptos abstractos para la modelación urbana, bajo una antropometría física, y ha subrayado el aspecto superficial del

cuerpo humano, así como ha utilizado esquemas geométricos tradicionales, todo ello dirigido por un funcionalismo instrumental. Ante esto, las utopías de la ciudad jardín y sus diversas derivaciones generaron desarrollos urbanos que influyeron en la concepción de las ciudades, donde el neomodernismo, entendido como una consolidación de la modernidad, quiso tomar en cuenta los esquemas derivados de ese acercamiento urbano de hacer ciudad, concibiendo discursos y movimientos urbanos que se vieron influidos por otras perspectivas culturales que prometían un mejor desarrollo urbano. Estos movimientos culturales tuvieron repercusiones urbanas en las que el urbanismo fue influenciado, desde la plataforma de las ciencias sociales, por la psicología y las ciencias del lenguaje, de tal manera que el psicologismo se reflejó en el uso del espacio, así como también el significado de los lugares y su interconexión estructural interna, junto con el ambiente. El desarrollo de la lógica formal y del lenguaje de los signos, como semiótica y semiología de lo urbano, tuvo influencia en la interpretación de las ciudades, y el desarrollo del estructuralismo dejó una profunda impronta en el modo de hacer ciudad y de interpretarla. De ahí que Roman señale que el posestructuralismo es un instrumento analítico que se utiliza en las humanidades y en las ciencias sociales, que estudia los fundamentos teóricos de la modernidad tomando al sistema social y a la ciudad en términos de lenguaje (cf. Taylor y Winqvist 355). En esta esfera surge el concepto de desarrollo sostenible, vinculado con la idea de autosuficiencia, lo que genera, en el contexto de la inversión de capital, una lucha interna de la ciudad, que va desde lo funcional y autosuficiente hasta la *actividad original* propia del lugar. Se establecen entonces subcentros urbanos y aparecen nuevas centralidades dispersas.

De acuerdo con Ordeig, la dispersión –y con ello la expansión– de la ciudad hace relevante la ecología, que origina el concepto de sostenibilidad. Con ello el desarrollo sostenible se preocupa por la naturaleza, idea que, en el aspecto histórico, propende por la conservación del patrimonio cultural, cuya simbiosis dio lugar a la idea de calidad urbana. Esta última se configura en los aspectos medioambientales, socioculturales, estéticos y tecnológicos, dando preferencia al espacio público como complemento de las zonas privadas (cf. Ordeig 302). No obstante, puede decirse que lo medioambiental se redujo a zonas verdes, y al uso de ecotécnicas y energías alternativas; lo sociocultural, a su vez, se redujo al patrimonio histórico; y lo estético se confunde con el arte, y se da preferencia al uso de la tecnología sobre el uso humano de ella. Ordeig explica que, contrario al movimiento moderno, que daba énfasis al edificio, el desarrollo sostenible da primacía al espacio público como elemento estructurador de la ciudad: se cuida el diseño del parque, el bulevar, la avenida. Con ello se busca una mezcla de usos del suelo

que lleve a la autosuficiencia relativa, evitando la segregación espacial y ofreciendo a la vez caracteres propios y atractivos (cf. Ordeig 302). El autor concluye que:

[...] la ciudad como símbolo, la sostenibilidad como deseo de equilibrio con los valores naturales y el pensamiento estratégico como superador de la dicotomía “plan-proyecto”, son consecuencias de las líneas pragmáticas de respuesta al diseño urbano [finales del siglo xx y principios del siglo XXI], y es un “intento de humanizar” cada vez más las ciudades. (Ordeig 304)

Finalmente, esa humanización de las ciudades comienza a superar la visión de la ciudad del siglo xx, y deja a un lado la austeridad y la simplicidad abstracta del movimiento moderno, haciendo énfasis en la complejidad (usos del suelo mixtos y sin segregación espacial, que tienen en cuenta la diversidad de caracteres autóctonos culturales) y la autonomía (de la gente bajo el consenso social), con el fin de definir la materialización de la ciudad y el logro de ambientes reales y concretos. Precisamente de aquí surge la crítica al planteamiento de Ordeig, quien asume como supuesto el concepto de “humanización de la ciudad” (cf. 304), idea que es cuestionable, toda vez que las soluciones modernas anteriores al posestructuralismo han sido rechazadas como portadoras legítimas de tal humanización de la ciudad, que han hecho énfasis en un aspecto de la razón.

Primera crítica: la validez, el signo y la esencia

Ahora bien, puede observarse que se da por sentada la realización de estos conceptos en la ciudad, que su plasmación e implementación física en edificios y calles convertirá la ciudad en *ciudad humana*. En otras palabras, se asume que se realizará la humanización de la ciudad bajo la racionalidad del posestructuralismo; racionalidad que hace posible las soluciones urbanas prácticas con validez lógica formal y, por lo tanto, su implementación *ad hoc* desde sus planes gráficos, en los que su razón de ser se da en las soluciones novedosas formales, pero con caracteres modernos y tecnológicos que se ajustan a la antropometría y a la composición urbana. De este modo, Gallion y Eisner dicen que “el hombre ha construido para el hombre y su efecto en el desarrollo urbano puede ser una guía para el planeamiento futuro de la construcción urbana” (14).

Lo anterior implica que una ciudad humana, bajo este punto de vista, ha sido el resultado de una lógica formal de la figura y una sintáctica de la forma anclada en el espacio público. Entonces, la ciudad actual está soportada, primero, en el desarrollo sostenible; segundo, en la impronta cultural de la identidad, con un simbolismo azaroso; y, tercero, en una dinámica de óptica empresarial, guiada por una racionalidad técnica.

Todas estas son actividades urbanas que han de concluir en la humanización de la ciudad, bajo el estandarte del urbanismo sin referentes culturales: en otras palabras, bajo el estandarte del posestructuralismo, que es la idea de que todos los conceptos son constructos del lenguaje y en donde la posición del sujeto es un epifenómeno del discurso cultural (cf. Honderich 932).

No obstante, ante el uso impropio de la lógica formal como rectora del orden urbano, se opone el camino de la lógica material. En efecto, esta última es el desarrollo natural de la lógica formal en el sentido clásico, tal como se ha desarrollado en el discurso urbano del siglo xx y de principios del siglo xxi. En este orden de ideas, la lógica formal abre paso a la lógica material, la que, a su vez, depura y prepara el camino a la metodología de las ciencias. Esto quiere decir que, de acuerdo con el objeto de estudio y el conocimiento de cada ciencia, existen múltiples formas de aprehender y estudiar un objeto, pero existen también ya formas precisas de dilucidar los objetos de estudio de cada ciencia. Si se omiten estos modos de conocer, se corre el riesgo de pasar por alto estos acercamientos científicos y, por ende, se ha de cuestionar la validez epistemológica de la ciencia analizada, que en este caso es el urbanismo. Por consiguiente, la reducción de los fenómenos urbanos a la plataforma de las soluciones gráficas, atendiendo a la crisis de otras ciencias, resulta ser un salto lógico que se aprecia claramente cuando se pasa de la lógica formal a las soluciones gráficas novedosas que suprimen la lógica material. Se entiende la lógica formal en sentido clásico, que es de aplicación universal, es decir, que se ocupa con la corrección del pensamiento para llegar a la verdad (cf. Copi y Choen 19).

La lógica material ha de aportar y proporciona *de facto*, precisamente, elementos sustitutos y complementarios a la lógica formal. Esta sustitución material se lleva a cabo mediante métodos consolidados dentro de la cultura. Por lo que se ha determinado, en el discurso cultural, que existe una confusión en el planteamiento urbano posestructuralista, que se afianza en el resultado de los análisis del discurso que privilegian el *significante* sobre el *significado*, con lo que llevan a la marginación, omisión y aun destrucción de ese significado. De ahí que el urbanismo posestructuralista pretenda que cualesquiera combinaciones sintácticas urbanas han de producir un fruto semántico sin significado, argumentando la destrucción del significado por sí mismo y, en última instancia, el fin de la metafísica clásica.

Se puede ver con claridad la pretensión urbana de realizar soluciones gráficas nuevas, sintácticas y sin referentes, cuestión que se enlaza con la lógica formal. En este sentido, Gutiérrez expresa que:

[...] la lógica se divide en lógica formal y lógica material. La primera se encarga de estudiar las condiciones –o sea las leyes– para que un pen-

samiento sea correcto –especialmente cuando se trata del raciocinio. La segunda se encarga de estudiar las condiciones para llegar a pensamientos verdaderos. (25)

Con respecto a la sintaxis y a la semántica del sentido de lo urbano, es decir, del hacer ciudad, puede observarse que su tratamiento ha sido hermenéutico-analógico: ha tenido lugar entre el lenguaje y la ciudad, entre las formas de analizar el lenguaje y el propio modo de entender la ciudad. De este modo, la gramática del lenguaje ha sido trasladada a la interpretación de las ciudades, estableciendo relaciones entre el análisis de los signos y las figuras espaciales, junto con la influencia de las ciencias sociales, las cuales hacen relevante el papel de la sociedad en la vivencia y la creación de lugares.

Por ello, el papel de las ciencias sociales, como complemento del urbanismo, hizo que este último comprometiera su validez epistemológica y su carácter de ciencia. De ahí que la validez del urbanismo sea salvaguardada por Ordeig, al anclarla en el posestructuralismo, mediante el cual pretende subrayar el valor de la validez frente a la verdad. Sin embargo, en este punto existe confusión entre la validez y la verdad, que se mueven en ámbitos distintos pero complementarios. Por consiguiente, el argumento de validez científica del urbanismo permanece en este momento en suspenso, en entredicho; cuestión esta que no es central en este discurso, aunque la validez lógica sea un asunto complejo, que se fundamenta en el razonamiento correcto bajo un sistema de silogismos, leyes y principios (*cf.* Gutiérrez *passim*).

A partir de lo anterior, se puede sostener que el concepto clave es la validez del discurso urbano, y no si este es verdadero o falso. Dicha validez se fundamenta, primero, en la lógica formal; esto significa que se ha de componer un discurso retórico, en el mejor de los casos, sobre las posibles y mejores soluciones sobre lo urbano. Sin embargo, al faltar la verdad, se deben ausentar también lo posible y lo probable, que son conceptos relacionados con ella. Segundo, esa composición del discurso urbano se basa en la relación entre ciudad y lenguaje en un nivel sintáctico. Por lo tanto, no pueden existir soluciones posibles derivadas de la lógica, sino solamente soluciones ficticias derivadas de la cultura (ancladas *inconscientemente* en cualquier referente previo), lo que compromete gravemente la idea de ausencia de referentes para las soluciones urbanas.

Por ello, ante la ausencia de la verdad, se hace uso de la ficción; en efecto, se dan soluciones urbanas, en el sentido de soluciones gráficas, que tienen una naturaleza ficticia, pero que aun así tendrían *inconscientemente* un fundamento en las realidades naturales y, por lo tanto, se pueden representar y comunicar, como hace la ciudad contemporánea

en la práctica cotidiana (sobre el concepto de “ficticio” véase Ferrater 1256). Se debe tener en cuenta que dichas ficciones –llámeselas ahora urbanas– usan sistemas simbólicos para realizar tales representaciones y comunicaciones, de modo que los proyectos urbanos como tales son propiamente, bajo la óptica del posestructuralismo, personajes de ficción en la creación artística urbana; personajes que han de manejar una lógica de la ficción, pero como realidad urbana, mediante la materialización del proyecto, ya que esta convierte la ficción en un hecho. Por consiguiente, se anulan y suprimen los referentes culturales en la creación de ciudades bajo la lógica clásica, debido a la realización de una lógica ficticia o lógica de la ficción.

En consecuencia, la validez de un sistema estructurado, en este caso urbano, se da en el interior de ese mismo sistema, de tal manera que dicha validez es aceptable. No obstante, cuando dicho sistema se traslada a otro grupo de sistemas reales, la mencionada validez queda comprometida a satisfacer y a garantizar sus interconexiones con esos sistemas, por lo que la amplitud de aquella queda disminuida, y, lo más grave, depende de los sistemas culturales (políticos, económicos, sociales, ecológicos y otros) en los cuales va a participar y que configuran la cosmovisión contemporánea prevaleciente. Así que un desarrollo urbano sin referentes es un “El Dorado”; en efecto, es un sueño anacrónico en un mundo que tiende a la globalización económica. Pero su mismo anacronismo convierte dicho sueño en posmoderno y, entonces, en un nihilismo urbano que se entrelaza con el inconsciente freudiano y la idea de arquetipo de Jung; idea que proviene de maximizar la importancia del significante y minimizar la del significado (sobre el signo, véase Ducrot y Todorov 392-396).

Así mismo, las nuevas soluciones sin referentes, a las que alude Ordeig, y a las cuales han de adaptarse los individuos de la sociedad, plantean una ruptura absurda que resulta insostenible. Esto es así, desde el momento en que no existen otras geometrías de ruptura en la actualidad; en otras palabras, esto se debe a que los planteamientos urbanos se hacen desde la matematización del espacio bajo la geometría clásica y la geometría no-clásica. En consecuencia, no existe un modo de soluciones que haga omisión a referentes ya existentes en la cultura.

Además, las figuras geométricas tienen referentes culturales que las connotan y las denotan en su pluralismo polisémico, de tal manera que, aun cuando pudiesen plantearse formas combinatorias caprichosas o azarosas, sin orden ni concierto, cabría la posibilidad de una interpretación cultural que habría de desmentir las supuestas novedades de las soluciones simbólicas, en cuanto que los referentes esenciales se hallan más allá del nivel de la imaginación figurativa y del plano de las abstracciones matemáticas. Es decir, las esencias de los referentes

culturales no son figurativas, como sostiene Ordeig, sino que el plano sensible de las soluciones gráficas del urbanismo se encuentra en otro ámbito con respecto a los referentes culturales. De aquí que todas las combinatorias gráficas y sus posibles variaciones tengan y puedan tener referentes esenciales.

Según Barbault, por ejemplo, el cuadrado –y sus variantes, que se utilizan en las retículas urbanas– es una figura muy frecuente y usada universalmente en el lenguaje de los símbolos, que, junto con el círculo, la cruz y el centro, forman los cuatro símbolos fundamentales (cf. Chevalier y Gheerbrant 370). Además, la idea de número puede encontrarse en el hombre prehistórico. Fueron los pitagóricos quienes hicieron la demostración de la proposición 47 del libro I de Euclides con respecto a la geometría –que se utiliza en el diseño urbano contemporáneo– (cf. Collette 79). Asimismo, Mondolfo señala que Pitágoras establecía que “toda la naturaleza estaba hecha a imagen de los números” (Mondolfo 64).

Segunda crítica: el concepto de humanización y la separación de la razón en una dicotomía

Ahora bien, se entiende el concepto de humanización de la ciudad como la acción de convertir la ciudad en humana, o sea, que tenga la cualidad y la condición humana; que el ser humano se refleje en ella, de tal modo que sus caracteres esenciales se conviertan en atributos fundamentales de la ciudad. Por consiguiente, si al hombre se lo concibe como un ente compuesto de mente y cuerpo, y se estima que la mente es conciencia y que se halla en el cerebro, y que, además, el hombre posee un cuerpo, entonces se tiene que la conciencia rige al cuerpo y a las cosas que lo rodean, de tal manera que se conoce a la mente como el poder directriz que conserva, modifica y transforma la materia. La conciencia puede ser definida en forma descriptiva como “una cualidad momentánea que caracteriza las percepciones externas e internas dentro del conjunto de los fenómenos psíquicos” (Lagache 71).

El hombre realiza estos procesos cognoscitivos mediante el uso de la mente, a través de la razón. En este orden de ideas, se puede observar que la razón rige al mundo y lo controla; por lo tanto, la transferencia de esta razón al mundo es algo que sucede de forma humana y natural. Si se concibe que la razón piensa y actúa en el hombre, entonces se la puede entender como una razón teórica pensante y una razón práctica actuante. No obstante, la razón en sí sigue siendo una y la misma, indivisa y humana; esto es, su división formal obedece solamente a una separación abstracta que hace imposible su análisis físico, el cual es inconcebible en el mundo empírico. La razón es una facultad propia del hombre, es una guía autónoma en todos los campos en los que es posible una investigación o una indagación (cf. Abbagnano 978).

Pues bien, Ordeig ha dividido la razón en una dicotomía que es una ilusión, ya que la separación a ultranza de saberes teóricos y prácticos no tiene otra finalidad que facilitar la asimilación cultural de los saberes, que, en última instancia, y esto es de gran importancia, forman una unidad cultural que se manifiesta en lo que hoy se conoce como cosmovisión. Esta última presenta problemas de compatibilidad con otras cosmovisiones.

A partir de lo dicho hasta aquí, se puede sostener que, si se habla de humanizar las ciudades, se pretende con ello dar a la ciudad las características humanas que hagan de ella un sitio natural para el desarrollo de la vida del hombre. Así que se ha de mostrar la definición de hombre que se pretende imbuir, introducir, inspirar y expresar en la ciudad, para determinarla y poder así llamarla ciudad humana.

En el caso del desarrollo urbano, tal como se ha tratado hasta el momento, se piensa en la ciudad como un objeto de razón, es decir, que es susceptible de racionalización. De modo que la característica esencial que se le atribuye al hombre es la razón. Se piensa, entonces, que las ciudades han de ser creadas bajo las alas y el emblema de la razón y de la racionalidad. Esta puede ser definida como un “procedimiento mediante el cual el sujeto intenta dar una explicación coherente, desde el punto de vista lógico, o aceptable, desde el punto de vista moral, a una actitud, un acto, una idea, un sentimiento, cuyos motivos verdaderos no percibe” (Lagache 349).

Sin embargo, al establecerse una dicotomía en el interior de la misma razón, se disputa por la supremacía de una de sus partes: la razón teórica o la razón práctica. Por lo que, siguiendo este orden de ideas, Ordeig elige la razón práctica y de esta extrae la razón técnica, haciendo de la razón teórica una fuerza indirecta de acción. Entonces, la ciudad va a ser un reflejo de la razón técnica, guiada por la razón práctica, lo que genera un olvido de la razón teórica. Con esto Ordeig cae en contradicción, ya que previamente había dicho que el significado se da desde la cultura; pero, al negar la razón teórica y marginarla en asuntos abstractos, niega la base de la razón práctica.

Mardones dice que:

[...] Conocemos [desde la razón, se entiende teórica y práctica al mismo tiempo, puesto que habla de una razón hermenéutica] desde una situación en el mundo, en la cultura, en la historia, que nos posibilita al mismo tiempo que nos limita o nos unilateraliza nuestra visión de la realidad. (cit. en Ortiz-Osés y Lanceras 467)

En consecuencia, al hablar del concepto del hombre como un ser dotado de razón, como animal racional que plasma esa razón en sus creaciones, se obtiene como resultado que la ciudad es humana si tiene

razón práctica y racionalidad técnica, sin dotarla de algo más que pueda dar ese carácter humano a la ciudad. No obstante, el hombre desde su razón comete errores y estos también se plasman en las ciudades, de modo que, al ser el error real y posible, las ciudades poseen estos atributos y características también. Cuando los errores pasan inadvertidos, tienen la capacidad de ser creados en la realidad. Esto significa que las ciudades, como todo lo que es humano, tienen errores que pueden ser corregidos, ya que la perfectibilidad en las cosas humanas es un quehacer constante. Así pues, la lógica se encarga, según explica Gutiérrez, del error que se cuele inadvertidamente; los errores son llamados paralogismos, aun cuando pueden ser hechos a propósito (sofismas) (*cf.* 211).

Ampliación del concepto de hombre

Según lo expuesto hasta este punto, se observa que el desarrollo urbano del siglo xx y de principios del siglo xxi tiene ese carácter humano implícito –la razón instrumental–, pero este se ha plasmado en las ciudades según las ideas directrices de cada época. Las ciudades tienen moldeada su cosmovisión cultural y, por lo tanto, tienen el derecho de ser consideradas patrimonio cultural de la humanidad, haciendo relevante su contenido histórico. Como puede observarse, el desarrollo urbano ha ido incorporando elementos diversos que componen la ciudad desde la naturaleza del hombre.

Al hacer énfasis en la razón, el hombre es entendido como un animal racional; esta definición ha podido transformarse en una que postula que el hombre tiene una mente que piensa y tiene un cuerpo. Decir que el hombre tiene conciencia e inconsciencia es ampliar el horizonte desde el cual se lo observa, y con ello se obtiene una ampliación de su concepto en cuanto animal consciente e inconsciente. El término inconsciente como adjetivo

[...] se utiliza en ocasiones para connotar el conjunto de los contenidos no presentes en el campo actual de la conciencia, y esto en un sentido “descriptivo” y no “tópico”, es decir, sin efectuar una discriminación entre los contenidos de los sistemas preconscious e inconsciente. (Lagache 193)

Así que las ciudades han de poseer la racionalidad bajo las características de la dispersión y la expansión espacial de subcentros urbanos, con atributos de diversidad y de complejidad. Esos subcentros urbanos deben reflejar al hombre local que vive en ese espacio-tiempo, y se deben armonizar con la naturaleza, haciendo de la ciudad un enclave autónomo que conserve tanto lo natural como lo cultural, dentro de una participación colectiva mediada por el consenso social, y utilice la tecnología y los grupos económicos locales.

No hay que olvidar que con estas consideraciones esenciales se pretende hacer ciudad, y que su perspectiva ideal es, entonces, humana y racional. Con ello se determina la urbe como una mercancía autóctona de desarrollo sostenible de economía empresarial, bajo el ideal del consenso y la participación social. Sin embargo, el hombre no es un ser solamente dotado de razón, y esta no es la única característica que lo hace humano. Existen otros aspectos esenciales, como son la memoria y la imaginación; también están los sentimientos, los instintos, las emociones y la voluntad. Además, en el hombre existe la razón que funciona mediante el cerebro, pero la conciencia, que determina su razón, es apenas una pequeña fracción del ser humano.

En efecto, el hombre se halla compuesto de conciencia y de inconsciencia. A esta estructura psíquica básica se la denomina “tópica”. La tónica humana está, o bien compuesta de tres partes según la teoría freudiana, o bien conformada por dos aspectos, conciencia e inconsciencia, según la perspectiva jungiana. Ambas estructuras psíquicas del hombre, o tónicas, pueden ser concebidas como una sola, en una estructura superior llamada hombre urbano; definido este como un animal tónico, es decir, como un ente que posee un principio de movimiento dirigido por una tónica psíquica que se desdobra en dos aspectos fundamentales a saber: la conciencia y la inconsciencia (cf. Harre y Lamb 109, 143).

Así como el animal racional llamado hombre puede transferir esos elementos racionales a todo lo que produce y crea, también el *animal tónico* llamado *hombre* –definición sintética– puede proyectar e introyectar, transfiriendo sus elementos esenciales por derivación al mundo que diseña, construye y desarrolla. De lo que se sigue que el hombre también puede ser definido como el ente que tiene la capacidad innata de transferir sus atributos a las cosas que crea, un animal transferencial. El humano dota de su esencia a todo el mundo que lo rodea, donde la transferencia es entendida como un proceso de actualización de deseos inconscientes (cf. Vanier 121), que forman una parte esencial de las cosas.

En este orden de ideas, la transferencia de la naturaleza humana a las cosas creadas por el hombre es un tema que ha sido estudiado desde diversas perspectivas culturales (prehistoria, arqueología, antropología y otras disciplinas), por lo que puede decirse que el hombre ha transferido su ser al proceso histórico de desarrollo urbano de las ciudades. De ahí la proyección urbana que hace el hombre de sus pensamientos, deseos, cualidades, sentimientos, voluntad, emociones, instintos, recuerdos e imágenes, que son derivaciones esenciales de su ser y de sus atributos. Estos atributos son propios del hombre, y pueden ser susceptibles de realización mediante el uso de instrumentos adecuados a la naturaleza del aspecto involucrado, concluyendo su plasmación y materialización,

en forma indirecta, mediante razones gráficas en el urbanismo contemporáneo. La proyección urbana se entiende como una operación que un sujeto hace sobre otro, atribuyéndole los propios deseos, pensamientos, emociones y demás que rechaza en sí mismo. Sin embargo, en este punto la proyección se amplía, porque se incluyen los aspectos positivos del sujeto (cf. Vanier 97).

Así mismo, el proceso de transferencia de la ciudad al hombre, la introyección urbana, es un proceso inverso y complementario de la proyección urbana. Ambos conceptos son necesarios para hacer ciudad y para entenderla. La introyección urbana puede ser susceptible de formar parte del proceso cognoscitivo de la ciudad. En efecto, la *asimilación* del conocimiento de las cosas *se realiza bajo todo el ser humano* y no solamente bajo la razón, por lo que se pueden tener conocimientos sensibles, inteligibles, imaginativos, memorísticos. La introyección es un proceso por medio del cual un sujeto hace pasar del exterior al interior los objetos y sus cualidades inherentes, tanto positivas como negativas (cf. Vanier 67).

En consecuencia, si el hombre tiene una razón y mediante ella realiza una ciudad de razón, así también puede el hombre, al tener una tópica, realizar una ciudad con este carácter. Por lo que se sostiene que la ciudad posee una tópica urbana, que se fundamenta en la tópica humana, compuesta de la conjunción de la tópica freudiana, la tópica jungiana y el carácter del hombre, en virtud de su sistema nervioso. Es necesario advertir que la conciencia, la inconsciencia y la razón se dan dentro de los límites del cuerpo humano; por lo tanto, esos tres atributos están relacionados con el cuerpo humano en sus diversos sistemas, de los cuales el más significativo dentro de este orden de ideas es el sistema nervioso.

Así, el hombre transfiere no solamente su razón a las cosas que crea, también lo hace con toda su tópica; de aquí que la ciudad posea una tópica hermenéutica-analógica en correspondencia biunívoca con el hombre. Por consiguiente, se ha de establecer la determinación de la estructura psíquica corporal de la ciudad. En efecto, se establece que la ciudad está constituida por un paradigma psico-corporal que refleja a la tópica humana. La forma en que se determina la tópica de la ciudad se halla en correspondencia con el hombre; se puede sostener, por lo tanto, que existe una estructura consciente de la ciudad y una estructura inconsciente que se encuentra en la cultura (de aquí que sea invisible para la mirada del hombre corpóreo); dichas estructuras forman una unidad. La ciudad manifiesta sus estructuras mediante sus características físicas y atributos culturales, que son proyectados e introyectados por el hombre mediante su cuerpo dirigido por el sistema nervioso.

No hay que perder de vista que la comparación hermenéutica-analógica entre la ciudad y el hombre se da desde la unidad de este como

organismo biológico y cultural –no solamente psíquico–, frente a aquella como organismo biológico –artificial pero adaptado al hombre– y cultural –la estructura física y sus sistemas culturales como edificios, calles y la palabra escrita–. Freud niega la validez de la comparación entre el hombre y la ciudad; sin embargo, la objeción de Freud² puede ser invalidada, puesto que se establece, en un plano *únicamente físico* de la ciudad, la comparación frente al organismo dual –*psíquico y físico*– del hombre. Por ello no es posible, siguiendo a Freud, hacer apta la ciudad física como comparación del organismo psíquico del hombre. En otras palabras, Freud compara el pasado físico de una ciudad –Roma– con el pasado del alma –¿de un solo hombre o del hombre colectivo?–, lo cual es, por principio, incorrecto; lo correcto sería, para Freud, hacer la comparación del pasado *cultural* de Roma con el pasado del *alma* del hombre enfatizando al hombre romano (cf. 69-72).

De lo que se sigue que la tópica de la ciudad, la tópica urbana de cada ciudad, es única, *sui generis*; sin embargo, en esta primera aproximación se pretende solamente mostrar la existencia de dicha tópica, esto es, que hay una ciudad tópica. Se busca, entonces, hacer conciencia acerca de dicha estructura invisible, de esa estructura ausente, de esa superestructura, de ese mundo ideal de participación esencial. Se pretende señalar, desde la existencia de la ciudad, su esencia compleja, enraizada no solamente en el hombre, sino también en el cosmos, en la naturaleza y en la vida.

Conclusiones: la tópica del hombre contemporáneo en la ciudad la tópica urbana

De acuerdo con Freud, el hombre tiene un cuerpo y una mente, la cual se constituye en un aparato psíquico que contiene un espacio organizado por unos sistemas articulados entre sí; la primera tópica de Freud consiste en tres sistemas: inconsciente, preconscious y consciente. Veintitrés años después de la formulación de esta hipótesis, Freud distingue tres instancias: el Yo, el Ello y el Superyó (cf. Vanier 2001). La mente y la razón, el espíritu cultural del hombre son contenidos dentro de los límites de su cuerpo; la conciencia, como sistema estructural de mente y razón, se expresa en armonía con todo su ser anímico y

-
- 2 La objeción de Freud establece que la ciudad es inapta para compararla con un organismo anímico; ya que afirma que “un mismo espacio no puede llenarse doblemente”; ejemplifica que donde está el Coliseo se podría admirar la *domus aurea* de Nerón (cf. Freud 71-72). No obstante, esta comparación es física, es decir, atiende a lo corporal-sensible y no a su virtualidad-inteligible; por lo que la huella mnémica de la ciudad estaría condicionada, en principio, por tiempo y espacio.

corporal; es a partir de su cerebro y su sistema nervioso que el hombre razona, piensa y se mueve en el mundo que lo rodea.

Ahora bien, es un lugar común decir que el hombre trabaja con una fracción de su cerebro, ya que este tiene una magnitud asombrosa en cuanto a la cantidad de interrelaciones neuronales, que está estimada en billones; por lo que esa fracción ha sido considerada como si utilizara la capacidad mental de forma consciente en aproximadamente un 10%, y ciertas posturas religiosas la estiman en un 4%. Si se toma un término medio, se obtiene la cantidad de un 7%. Este 7% rige la actividad consciente del hombre; el resto, el 93% es inconsciente, el cual se halla dentro de los límites del cuerpo.

Cabe señalar que la ubicación en el hombre de esas dos partes, la conciencia y la inconsciencia, se encuentran en el sistema nervioso; la conciencia en el cerebro y la inconsciencia en el sistema nervioso, el cual es compartido también por la conciencia. De acuerdo con Shroul, el inconsciente puede ser definido así dentro de un contexto orgánico: “suma total de todas las funciones neurológicas y bioquímicas del organismo que operan por debajo del nivel del conocimiento del hombre” (2).

De este modo, se conserva la tónica freudiana dentro del sistema nervioso y en los límites del cuerpo humano. En relación con esto también se puede incluir la tónica de Jung. Según este autor, es la personalidad la que está constituida por dos dominios, lo consciente y lo inconsciente; en el primero se halla el yo y la persona, y en el segundo se encuentra un aspecto personal y otro colectivo. En lo más profundo del inconsciente se encuentra el material universal y primigenio, y en ese estrato se halla el inconsciente colectivo, que es formalmente similar en todos los seres humanos, por lo que el material ahí asentado es de índole prototípica o arquetípica (cf. Harre y Lamb 144-145).

Ahora bien, las manifestaciones de la persona, de la conciencia, pueden ser desarrolladas con base al tipo de sistema nervioso, más que en relación con la lucha interna propuesta por Jung o por Freud, en cuanto a las instancias individuales del Yo, el Ello y el Superyó, debido a que los temperamentos pueden conjugar estos aspectos dentro del aparato nervioso. La estructura de los temperamentos propuesta por Shroul es completa; él explica que hace una síntesis de las tipologías de Hipócrates, Pavlov y Volgyes, a partir de lo cual se obtiene:

1. Temperamento excitatorio (Psico-activo):
 - a. Fuertemente excitatorio. Constitución nerviosa heredada, con disposición psico-activa posteriormente adquirida. La persona “colérica”.
 - b. Vivamente excitatorio. Constitución nerviosa heredada, con disposición psico-activa adquirida posteriormente. La persona “sanguínea”.
2. Temperamento Inhibitorio (Psico-pasivo):

- c. Calmo, imperturbable. Constitución nerviosa psico-activa heredada, con disposición psico-activa adquirida. La persona “melancólica”.
- d. Inhibitorio débil. Constitución psico-activa adquirida posteriormente. La persona “flemática”. (Shrout 68)

No obstante, a partir de la inclusión de esta descripción de las manifestaciones de la persona, es necesario advertir que su enunciación pretende mostrar la interrelación que existe entre el hombre concreto y las tópicas de Freud y Jung. El organismo humano tiene tres sistemas que lo hacen subsistir: el sistema digestivo, el circulatorio y el nervioso, que están sostenidos por los músculos y el esqueleto. El organismo humano, en forma hermenéutica-análoga, puede reflejarse en la ciudad como constituida por sistemas físicos de alimentación, oxigenación y sensibilidad física, que están sustentados en la tierra y en sus recursos naturales (cf. Chaline 87-148).

A su vez, el aparato psíquico del hombre, su tópica, puede ser comparado con la ciudad sin que la tópica urbana sea necesariamente un reflejo, una imagen o un fantasma de la razón del hombre. Esto significa que la tópica urbana puede y tiene esos elementos psíquicos en sí misma. En efecto, la conciencia y el inconsciente humano tienen un paralelismo hermenéutico-analógico real y en correspondencia con las cosas de la ciudad, pero de diversa naturaleza que la de la psique humana, aunque en una compleja comunicación interdependiente e interconectada con ella. De aquí que esta inteligible, pero compuesta y compleja correlación entre la tópica del hombre y la tópica de la ciudad, pueda enunciarse como sigue:

Tópica	
Tópica del hombre contemporáneo	Tópica de la ciudad
Conciencia: Freud Jung: el yo y la persona	Zonas conocidas por el Yo Habitación + Mercado + Trabajo Colores Claros + Día + Luz
Preconciencia: Freud	Zonas poco conocidas por el Yo; se conoce de forma vaga, ambigua e imprecisa La vialidad, las calles, los puentes Colores Grises + Penumbra
Inconciencia: Freud Jung: el yo profundo, el yo colectivo, el arquetipo	Zonas desconocidas por el Yo Lo externo de las zonas conocidas Ausencia de color + Noche + Oscuridad

Puede observarse que el yo arquetípico da unidad al yo individual en sí mismo y con los otros; hay aquí la existencia de la unidad primordial y del sentimiento universal de fraternidad humana. El yo colectivo se manifiesta en la cercanía humana, de tal forma que el alejamiento realiza la ruptura del yo colectivo y se da la segregación humana, barrera entre el yo y el yo profundo y colectivo, barrera que equivale al preconscious de Freud. Es necesario decir que el inconsciente trabaja de forma deductiva (cf. Shrouf 14), por lo que el yo tiende a cubrirse y a rodearse en todas las direcciones reales y posibles, que en su conjunto tienden a formar un círculo envolvente. La perspectiva inconsciente coloca al individuo en un centro desde el cual se obtienen deducciones de todo lo que lo rodea. En efecto, el ámbito inconsciente, trasladado al ámbito urbano, tiende a formar círculos y esferas de lugar. Por lo que se tiene y es un hecho que los individuos se encuentran separados en espacio-tiempo, lo cual puede ser enunciado como una fragmentación individual del hombre prototípico o arquetípico originario. Esta separación se formaliza mediante la construcción del hacer ciudad física.

Ahora bien, si se unen la tópica urbana con la deducción del yo individual, se obtiene la segmentación urbana mediante calles y edificios, y la armonía del yo fragmentado. Esta armonía se da en la interacción con los otros individuos: hacer una ciudad dividida por las necesidades de orden racional y funcional acentúa la fragmentación individual. En un estado de equilibrio de esa armonía fragmentada puede realizarse la vida urbana dentro de una normalidad socialmente aceptada.

En este orden de ideas, la tópica de la ciudad puede ser entendida como una interrelación de diversos elementos que constituyen la estructura de la ciudad. Como puede deducirse al ser dibujada una figura circular, la ciudad se halla compuesta de zonas citadinas concéntricas, que son conocidas, de zonas poco conocidas y de zonas desconocidas. Esto se halla en relación con el modo como el hombre conoce. La conciencia capta un 7% efectivo de la ciudad, mientras que el 93% es desconocido. De lo que se trata es de hacer consciente la parte inconsciente. Para ello, se puede tender a su conocimiento de manera imperfecta. La zona citadina concéntrica de transición que es aquella donde las cosas son conocidas de forma vaga, tiene su correspondencia con las ideas y esencias de las cosas; sus conceptos culturales contienen más de lo que el hombre capta. En el inconsciente se encuentran los arquetipos dentro de la psique humana; sin embargo, en la ciudad, esos arquetipos se encuentran en la cultura, proyección hecha por el hombre mediante la palabra, y es esta la que asimila el ser de las cosas y de los conceptos.

La tópica urbana tiene un fundamento en lo real y no en la psique humana, aunque a través de esta última se llega a aquella. Entonces, para alcanzar a esta tópica urbana se ha utilizado la tópica del hombre

como un medio para descubrir la estructura invisible de la ciudad. Se puede observar que si los individuos o pobladores de una ciudad o de una zona de esta son alterados por fenómenos fuera de la normalidad y de sus hábitos, y sobre todo que afecten sus tipos de temperamentos, se da lugar al surgimiento del no-lugar natural y, a partir de aquí, se constituye la percepción de la anticiudad.

Para poder observar este fenómeno urbano de la ciudad y la anti-ciudad, es necesario seguir las leyes de la oposición lógica (cf. Gutiérrez 138), desde donde se puede establecer un cuadrado lógico de oposición de la ciudad, en el que pueden observarse dos conceptos y sus nociones contrarias. La negación de la ciudad, es decir, su contradicción, es la anticiudad, y la negación del lugar natural es el antilugar natural. La ciudad se emplaza y localiza en un lugar natural y, cuando lo hace, tiende a desplazar al lugar natural, que trata de ser conservado mediante el desarrollo urbano sostenible. Mientras que la anticiudad y el antilugar natural son solamente subcontrarios, en cuanto ambos conceptos se implican mutuamente, esto es, debido a que la base de la anticiudad es el antilugar natural.

Ahora bien, existen factores externos potenciales que detonan la percepción del antilugar en el hombre, que puede percibirlo mediante la alteración de su sistema nervioso y la expansión del inconsciente, que utiliza como canal las vías del preconscious, percibiendo el antilugar natural. Según esto, el hombre se encuentra capacitado para visualizar la anticiudad, la cual se ofrece al espectador mediante las cualidades negativas que posee la ciudad.

En efecto, la ciudad posee tanto cualidades positivas como negativas, y ambas se hallan en estado potencial hasta que el hombre entra en contacto con ellas mediante su ser, mente-cuerpo, es decir, el hombre urbano tópico. En consecuencia, el hombre es capaz de percibir y visualizar la anticiudad desde su intelecto, sin necesidad de pasar por la amarga experiencia del antilugar natural.

Según lo anterior, se puede decir que las actuales soluciones gráficas del urbanismo (la ciudad hecha, construida) y las soluciones potenciales (la ciudad por hacer, en proyecto) contienen tanto la ciudad como su antítesis, la anticiudad; pero no hay que olvidar que el urbanismo es susceptible de hacer ciudad, desde la ficción que implica una lógica ficcional, y complica un campo de investigación aún más vasto. Como ha podido observarse, las cosas de la ciudad poseen, en forma hermenéutica-analógica y con fundamentos *in re*, una tópica urbana compuesta de conciencia, preconciencia e inconciencia urbanas, en un paralelismo hermenéutico-analógico real respecto de la constitución tópica del hombre.

Como corolario de este análisis, se puede observar que la aplicación de estos conceptos de la tópica urbana y del hombre como animal tópicos a los asuntos y fenómenos urbanos, ha de arrojar nueva luz sobre el modo como se hacen las ciudades contemporáneas. Y también se ha de reflexionar sobre la manera como se han hecho hasta el momento, en cuanto que *ciudades racionales*, que miran solamente un aspecto de la esencia del hombre, el animal racional. Sin embargo, se han establecido en este artículo lineamientos conceptuales que han de incidir de manera determinante en las investigaciones y estudios sobre las ciudades (identidad, anticuidad, marginación, violencia), desde la perspectiva del animal tópico, el hombre, y su ciudad tópica.

Finalmente, el desarrollo urbano contemporáneo ha venido descuidando este importante factor en el planeamiento de las ciudades. Se pugna y se exhorta por una unión entre el hacer ciudad desde la arquitectura, con énfasis en los edificios, con el hacer ciudad desde el espacio público. Por lo que resulta vital y necesario un replanteamiento de los espacios mínimos antropométricos basados solamente en el cuerpo humano, es decir, un cambio radical de los módulos arquitectónicos usados hasta la actualidad, así como un replanteamiento de los espacios públicos, de la eficacia funcional de los sistemas viarios y la transformación del hacer edificios para la integración de la ciudad, la naturaleza, el hombre y la vida.

Bibliografía

- Abbagnano, N. *Diccionario de filosofía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Adler, M. J. *La búsqueda de la sabiduría*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1986.
- Chavalier, J., y Gheerbrant, A. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder, 2012.
- Collette, J. -P. *Historia de las matemáticas*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2006.
- Copi, I. M., y Cohen, C. *Introducción a la lógica*. Ciudad de México: Limusa, 2009.
- Chaline, C. *La Dinámica Urbana*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1981.
- De Witt, R. *Cosmovisiones. Una introducción a la historia y la filosofía de la ciencia*. Barcelona: Biblioteca Buridán, 2010.
- Ducrot, O., y Todorov, T. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2003.
- Ferrater, J. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Ariel, 2004.
- Freud, S. "El malestar en la cultura." *Obras Completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2006. 58-140.
- Gallion, A. B., y Eisner, S. *Urbanismo, Planificación y Diseño*. Ciudad de México: Cecsá, 1981.

- Gutiérrez Sáenz, R. *Introducción a la lógica*. México: Editorial Esfinge, 2008.
- Harvey, D. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1979.
- Harvey, D. *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2007.
- Harré, R., y Lamb, R. *Psicología fisiológica y clínica*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Honderich, T., ed. *Enciclopedia Oxford de Filosofía*. Madrid: Tecnos, 2008.
- Lagache, D., dir. *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 2012.
- Mander, J., ed. *Alternativas a la globalización económica: un mundo mejor es posible*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- McLuhan, M., y Powers, B. *La aldea global*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- Mondolfo, R. *El pensamiento antiguo*. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Posada, 2004.
- Ordeig Corsini, J. M. *Diseño urbano*. Ciudad de México: Océano, 2004.
- Ortiz-Osés, A., y Lanceros, P. *Diccionario de hermenéutica*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2006.
- Sassen, S. *Los espectros de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007a.
- Sassen, S. *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz, 2007b.
- Shrout, R. N. *Hipnosis científica moderna*. Buenos Aires: Editorial Lidiun, 1990.
- Sousa, E. “De la ciudad a la metrópoli. Una interpretación teórica del fenómeno expansivo ligado a la vivienda, a la vulnerabilidad y a la pobreza: el caso del área metropolitana de Monterrey, Nuevo León, México.” *Revista Invi* 25.69 (2010a): 21-101.
- Sousa, E. *Espacios urbanos en la contemporaneidad I. Argumentos teóricos para la generación de políticas públicas metropolitanas*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2010b.
- Sousa, E. “El fenómeno expansivo metropolitano y su interpretación a partir de Hanna Arendt y la *vita activa*.” *Revista Sapiens Research* 4.1 (2014): 48-53.
- Taylor, V. E., y Winqvist, C. E. *Enciclopedia del posmodernismo*. Sevilla: Síntesis, 2002.
- Uña Juárez, O., y Hernández Sánchez, A. *Diccionario de sociología*. Madrid: ESIC editorial, 2004.
- Vanier, A. *Léxico de psicoanálisis*. Madrid: Síntesis, 2001.